

# Guerra entre barbaries y el camino de la resistencia

María Gabriela Mata Carnevalli\*

*Hay que resistir... dejar de amurallarnos, anhelar un mundo humano y ya estar en camino.*

Ernesto Sábato

Si hacemos un repaso de la política exterior norteamericana después de la segunda guerra mundial, veremos que ésta ha girado tradicionalmente en torno a dos ejes principales: defensa y seguridad nacional y la creación de una red de instituciones internacionales sobre la cual pudieran sustentarse y prosperar sus «valores», léase «intereses.» Como expresión del primero tomaron forma la política de contención al expansionismo soviético, la doctrina de la disuasión y las alianzas con Europa Occidental y Japón. El segundo es responsable en gran medida del surgimiento de organismos como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio y, asimismo, de la ONU.

La guerra de Vietnam y el colapso del comunismo, cada uno en su momento, pusieron en jaque la estructura armada en torno al primer eje. Los soldados que regresaban en bolsas de plástico negras en 1968 sensibilizaron a la opinión pública en torno a las consecuencias del uso de la fuerza. Las consignas de amor y paz obraron el milagro de parar una aventura que ya no se justificaba desde ningún punto de vista. La caída del muro de Berlín en el año 1999 planteó un reto aún mayor pues sacó a relucir interrogantes fundamentales: ¿a quién contener?, ¿a quien disuadir?, ¿para qué las alianzas? Sin embargo, Bush padre y Clinton consiguieron las respuestas.

Se contendría ya no al comunismo, sino a las diversas formas de anarquía y agresión internacional. Se disuadiría con la superioridad militar norteamericana no ya a los soviéticos, sino a cualquiera que representase una amenaza. Se mantendrían y expandirían las alianzas y se respetaría la figura de los organismos internacionales para sustentar un orden «armónico», así entre comillas, pues desde el final de la denominada Guerra Fría, Estados Unidos, autodenominado «policía del mundo» y, plenamente convencido de su supremacía, no deja de sobreponer sus objetivos a los del resto de las naciones.

George Bush hijo, antes del 11 de Septiembre, con apenas unos meses en la Casa Blanca, ya había comenzado a dar señales de respetar la «tradición». Su negativa a respaldar tratados ambientales y la creación del Tribunal Penal Internacional, su boicot a la conferencia de las Naciones Unidas sobre racismo en apoyo a Israel y el deseo manifiesto de desechar acuerdos internacionales



de desarme para dedicarse a construir su escudo antimisiles, evidenciaba por lo menos, un multilateralismo «a la carta». Después del 11 de Septiembre viene su demostración de fuerza en Afganistán y ahora, que duda cabe, dio un paso más al declarar y hacer efectiva en Irak su disposición a actuar «preventiva y unilateralmente» contra los «bárbaros» como Sadam Hussein, o cualquier amenaza real o potencial que se vislumbre en el firmamento. Pero cometió un error. Hirió de muerte a la ONU.

*Estados Unidos era la potencia hegemónica del planeta antes del 11 de Septiembre de 2001. Lo ha seguido siendo, y con toda evidencia después, de tal suerte que, o bien el escenario no ha cambiado en demasía, o bien lo ha hecho en un sentido ratificador de la hegemonía que nos ocupa (...) con ello, han salido bien paradas aquellas instancias y aquellos procesos en los que Washington ha depositado muchas de sus estrategias de dominación y control. Al tiempo en todo el globo se aprecian signos que remiten a restricciones en materia de derechos y libertades... y al crecimiento del gasto militar que nada bueno anuncia en lo que se refiere a la resolución pacífica de los conflictos, dice Juan Carlos Taibo en el capítulo VII*

de su libro *Guerra entre Barbaries*, publicado a un año de los atentados terroristas en Nueva York y Washington.

Por esta misma línea va nuestro trabajo titulado: *De lo que no cambió y debería cambiar después del 11 de Septiembre*, presentado en el seminario *Racismo y Terrorismo: ¿Dialéctica de la Globalización?*, al que un grupo de distinguidos estudiosos de la realidad internacional dio vida en el seno de la Universidad de los Andes en noviembre de 2001, en plena guerra contra Afganistán, cuyas memorias fueron recientemente publicadas por el Instituto Merideño de Cultura.

Sin embargo, ésta no es una posición común. Al día siguiente de la caída de las Torres Gemelas y de la destrucción de parte del Pentágono, símbolos económico y militar respectivamente del poderío estadounidense, se hablaba de un antes y después del 11 de Septiembre como si este solo hecho hubiera trastocado por completo el curso a veces aberrante de la historia. La verdad, la historia es producto de todas nuestras acciones y así debiera verla, sobre todo, el actual presidente norteamericano si desea garantizar la seguridad de sus conciudadanos. Pero eso es difícil.

Washington nunca admitirá que los ataques «terroristas» de los radicales musulmanes son una respuesta a su «Terrorismo de Estado» y que muchos, aún en desacuerdo con los métodos violentos, no podemos más que reconocer en ello un pase de factura de parte de un mundo al que ha atropellado.

El mensaje escrito por el «bárbaro» de Bin Laden bien pudiera llevar la firma de los millones muertos en Corea, Vietnam y Camboya, los 17.500 caídos cuando Israel, respaldado por EE.UU., invadió Líbano en 1982, los 200 mil iraquíes fallecidos en la Operación Tormenta del Desierto, los miles de palestinos inmolados en la lucha contra la ocupación de Israel de Cisjordania y los millones que sucumbieron, en Yugoslavia, Somalia, Haití, Nicaragua, El Salvador, República Dominicana y Panamá, a manos de todos los terroristas, dictadores y genocidas que el gobierno de EE.UU. ha apoyado, entrenado, financiado y provisto de armamentos, porque así convenía a sus intereses. Y es que de esto se ha tratado siempre aún cuando se lo disfraza con nombres más «digeribles».

El problema más evidente de esta doctrina es la larga lista de países a los cuales, según la óptica de Bush, debería neutralizarse anticipadamente. ¿Contra quién la próxima guerra? ¿Corea del Norte, Irán, Cuba, Venezuela?

No. Contra la humanidad. Su guerra es y seguirá siendo una guerra contra la humanidad.

Como muy bien señalaba Arundhati Roy en un artículo publicado originalmente en el periódico londinense *The Guardian* (septiembre, 2001):

*Una vez que la guerra comience, desarrollará su propia inercia, su lógica y su justificación, y perderemos de vista el motivo*



*por el que comenzó. Lo que estamos presenciando es el espectáculo del país más poderoso del mundo recurriendo furioso a un viejo instinto para librar un nuevo tipo de guerra.*

El gobierno de EE.UU. y sus aliados, ya están utilizando el terrorismo como una excusa para apropiarse del petróleo de los demás, limitar las libertades cívicas, negar la libertad de expresión, despedir trabajadores, perseguir a minorías étnicas y religiosas, reducir los gastos públicos y desviar inmensas sumas de dinero hacia la industria bélica. Pero esto no implica que podrán hacerlo por siempre. Ni siquiera estos mismos aliados verían con buenos ojos la continuación ad infinitum de un enfrentamiento que está dando al traste con el Derecho Internacional. Por otro lado, la hostilidad que sienten en general los musulmanes hacia los norteamericanos no puede taparse con la aquiescencia de algunos gobiernos de la región a colaborar.

Hombres como Henry Kissinger lo tienen muy claro, por eso abogan, al menos en lo que la política con respecto a Irak se refiere, por *convertir el poder dominante en responsabilidad compartida (...) lo cual implica la necesidad de un estilo de negociación menos centrado en imponer prescripciones políticas inmediatas que en lograr una definición común de objetivos a largo plazo* (La política exterior de EE.UU. y el escenario internacional, [www.abc.es](http://www.abc.es), 10-11- 2004).

Aún suponiendo que lo escucharan, seamos claros, de nada sirve disimular. La «barbarie del Imperio» ha quedado al descubierto. Algún día terminará.

La resistencia ya comenzó y tiene muchas caras, no todas profesan el Islam. Si algo positivo podemos sacar de lo acontecido en este controversial principio de siglo, es la explosión de la opinión pública mundial, en contra de la globalización y de la guerra y a favor de la paz, como vanguardia de sus propios gobiernos y medios de información. A la Academia le corresponde también un papel importante en este sentido. La idea es, por supuesto, debatir todas las posturas, más sin embargo, desde este lado del mundo debería privar un sentido crítico.

\*Lic. en Estudios Internacionales (UCV)  
y Comunicación Social (UNICA)  
Magíster en Ciencias Políticas (ULA)  
E-mail: [mariagab@cantv.net](mailto:mariagab@cantv.net)